

tadura del Mediterráneo contra los piratas que formaban una especie de República flotante, en donde se refugiaban los desesperados de todos los países, los aventureros de todas las procedencias, los proscritos de todos los partidos y que asolaban las costas de Europa, Asia y Africa, exigiendo crecidos rescates al comercio é impidiendo el aprovisionamiento de Roma. — Pompeyo limpió el mar como por encanto y destruyó en Kilikia los antros de la piratería. Una nueva ley le confió la guerra en Oriente (66). Rey del Ponto desde los once años, el mejor atleta, el mejor cazador, el mejor bebedor del Asia, Mitrídates Eupator, en medio de una corte opulenta llena de curiosidades artísticas y de filósofos, historiadores y poetas helenos, concibió la peligrosa ambición de formarse un imperio que abarcase el Ponto Euxino y el Asia menor. Roma intervino, lo obligó á abandonar sus conquistas y lo decidió á la lucha. — Aprovechándose de la guerra social que maniató á Roma, preparó un ejército y una flota formidables, sublevó Asia y Grecia, é hizo del Pireo su cuartel general. Sylva lo venció en Grecia, en Asia y lo obligó á aceptar una paz que le arrebató su flota y sus conquistas (84). Diez años después se hallaba de nuevo en plena rebelión y aliado con Tigranes, rey de Armenia; Lúculo lo venció y penetró en Armenia; pero al fin se retiró y Mitrídates quedó en pie. Pidió la paz y Pompeyo se la negó; tuvo que huir al Cáucaso y á Crimea, y allí, perseguido por su hijo mismo, el viejo sultán antes de morir, envenenó á su harem entero y á sus hijos, y como era refractario á todo veneno, se hizo degollar por un galo (63). Aquella fué la primera tentativa para separar el Oriente y Grecia del Occidente; Teodosio la realizó más de cuatro siglos después.

Entretanto Pompeyo reducía la antigua Siria á provincia romana, suprimiendo la impotente dinastía seleukida, acabando con el reino ashmoneo de Palestina inundada de emires árabes y de bandas de beduinos, tomando á Jerusalem, presa de las más terribles discordias entre fariseos y saduceos, reduciendo los límites de los reinos de los parthos, de los armenios, haciéndolos vigilarse mutuamente y obrando en fin como árbitro supremo del Oriente (62). — Roma entonces era un semillero de intrigas contra Pompeyo y de maquinaciones contra el orden; Craso y Julio César descollaban entre cuantos pensaban en orillar la situación á la anarquía para derivar de ella el despotismo; Craso influía con su fortuna, y César, que cuando joven era «el rey de la moda,» con su gran nombre, su inaudita prodigalidad, su inteligencia superior, su ambición sin límites y su culto por la memoria de su pariente Mario, el patrono de la demagogia y del militarismo; los elementos inferiores y más corrompidos de esta flotante multitud que necesitaba de la revuelta

para medrar, se agrupaban en derredor de un antiguo sicario de Sylva llamado Catilina. — Este quiso obtener el consulado; mas el Senado y el orden ecuestre se unieron para conjurar el peligro, y el que realizó esta unión conservadora fué cónsul, Cicerón. Desesperado el partido de Catilina recurrió á las conspiraciones, según parece; se dijo que su plan era incendiar la ciudad y asesinar á los jefes de la República. Cicerón, con su elocuencia habitual, lanzó tales apóstrofes á Catilina, que lo obligó á abandonar á Roma; en seguida se apoderó de sus cómplices y los hizo perecer, en cumplimiento de una sentencia del Senado (que combatió César, porque decía, para el crimen de los conjurados no era un suplicio bastante la muerte, «que en el duelo y la miseria no es una pena, sino el fin de todas las penas; pues que más allá cesan el afán y el goce»). Catilina murió al frente de sus bandas etruscas, y Cicerón, que no cabía en sí de orgullo y de gusto, fué proclamado y se proclamó á sí mismo «Padre de la Patria.»

5. *César cónsul y procónsul; el primer triunvirato.* — Cuando Pompeyo volvió de Asia y, honradamente licenció su ejército, el Senado, viéndolo desarmado le negó, no sin imprudencia, las tierras que pedía para sus soldados y lo arrojó en brazos de los demagogos; César que volvía rico y más ambicioso que nunca de su pretura en España, cuidó de reconciliarlo con el envidioso Craso, y á pesar de la aristocracia, César fue cónsul (59). Obró como si el Senado no existiese; hizo pasar una ley agraria ó de repartición de tierras que favorecía á los soldados de Pompeyo, y al dejar su encargo fué nombrado procónsul en las Galias. — César sabía que para dominar á la República en anarquía, necesitaba un ejército que no tuviera más patria ni más constitución que su general victorioso (*imperator*). — Los galos, aun no sometidos, ocupaban la región que al N. de la provincia Narbonesa (que iba de los Pirineos á los Alpes) se extendía hacia el mar y el Rhin. La familia céltica (rama de la indoeuropea) había arrojado de esa comarca á los iberos, y dejándolos á un lado en las crestas de los Pirineos (euskaros ó vascos) se mezcló á ellos en España (celtíberos); por el N. se estableció en el Archipiélago Británico, en donde sus descendientes aun forman parte de la población escocesa, mucha de la del país de Gales y la mayor de la irlandesa. — Desde el país sometido, los galos se extendían libres hasta el Sena; entre este río y el Rhin había una mezcla de galos y germanos y era el grupo *Belga*. Ya hemos visto á los galos recorrer Europa y una parte de Asia, bravos y fanfarrones, decidores y hospitalarios, y adoradores de la guerra y los festines; el contacto con los griegos de Marsella los iba lentamente educando, pero aun no tenían ciudades y formaban confederaciones de diversos pueblos, general-

mente en querella y dispuestos á acudir al auxilio extranjero para triunfar en sus disensiones domésticas. Los *druídas*, sacerdotes, profetas y hechiceros, eran también sus consejeros y sus jueces, los animaba un patriotismo feroz y tenían algunas creencias espiritualistas. En los tiempos de César dos grandes confederaciones se disputaban la supremacía: los Eduos y los Secanes; recurrieron los primeros á los romanos y á los germanos los segundos.—César comenzó sus campañas, conteniendo y empujando hacia sus montañas (Suiza) á un grupo de *helvecios* que se adelantaban por la Narbonesa; en seguida pasó al Rhin y destruyó un naciente imperio germánico (los Suevos) que Ariovisto trataba de fundar en Galia y que hubiera podido anticipar á Roma las calamidades del siglo V; por segunda vez los romanos entraban en contacto con el mundo germánico; César conjuró el peligro con su espada.—Dando ejemplo de resistir todas las penalidades y de acometer las más temerarias empresas, César conquistó sobre los belgas la Galia septentrional y se lanzó más allá del Rhin, con el objeto de atemorizar á la aun amenazante Germania y, más allá del estrecho, á la isla de Bretaña que visitó dos veces. En el quinto año de su proconsulado (54) tuvo que luchar con una vasta liga de los galos del N. que deshizo á sangre y fuego, no sin que corriera su ejército terribles peligros. En 52 un héroe arverno, Vercingetorix, logra sublevar á la Galia entera por el patriotismo ó por el terror; el centro de la Francia actual era el foco de la rebelión (Auvergne) y el entusiasmo fué tal y el caudillo era tan bravo, que los romanos estuvieron á punto de ser vencidos; al fin lograron sitiarse y obligar á rendirse á Vercingetorix, que fué algún tiempo después decapitado.—La represión continuó sangrienta y terrible; cuando los galos renunciaron á la lucha, comenzó la romanización de la provincia, y llegó á ser tan completa que, aun hoy, el pueblo francés se gloria de ser latino. Esta fué la parte grandiosa de la obra de César: el dique de la Galia romana contuvo, durante algunos siglos, las invasiones germánicas, y, cuando se verificaron, las modificó profundamente.—Roma, entretanto forjaba César el instrumento de su reinado, se hallaba entregada á la anarquía; el Senado era impotente, la plebe dividida en bandas armadas, mendigaba, se divertía y se batía. Clodio, un noble que se había hecho plebeyo y que era peligrosísimo demagogo, era el verdadero rey de Roma. Pompeyo trató de remediar tamaño mal; hizo volver á Cicerón que Clodio tenía en el destierro, y que recorrió en triunfo Italia y en triunfo penetró á Roma, y Cicerón intentó, á su vez, reconciliar á Pompeyo con el Senado; pero el partido de los intransigentes, á cuya cabeza se hallaba Catón (hombre de firme conciencia, austero como la filosofía estoica que profesaba, enamorado como su antecesor de lo pasado

y pretendiendo impolíticamente resucitarlo) impidió la alianza que Cicerón soñaba, y Pompeyo, Craso y César renovaron en 56 el triunvirato, asignándose Craso el Oriente, Pompeyo España, y César la prolongación de su consulado hasta 50. Craso emprendió la lucha contra los parthos que bajo la dinastía de los arsáquidas habían extendido su imperio en Mesopotamia y Kaldea; la caballería pártica pudo más que las legiones, y Craso pereció.—Pompeyo, celoso de César y rotos los vínculos domésticos que lo unían á César con la muerte de su esposa Iulia, se fué acercando al Senado, y el partido de Catón se decidió á facilitar la unión. Pompeyo fué declarado cónsul único y el Senado trató de desarmar á César; éste pidió que lo mismo se hiciese con Pompeyo, pero la respuesta del Senado fué que abandonase su provincia y licenciase su ejército. César pasó entonces el riachuelo del Rubicón, límite de su provincia, en 49.

6. *César solo; la guerra civil; la fundación del Imperio.*—César era un rebelde; estaba fuera de la ley. El Senado pudo ser impolítico, pero fué rigurosamente constitucional, y por eso, cuando Pompeyo abandonó á Roma, todos los poderes constituídos lo siguieron al Epiro. César ocupó la capital y marchó á España en donde estaban las mejores legiones de Pompeyo; después de haberse visto en gravísimo aprieto, por una serie de maniobras admirables hizo capitular á los pompeyanos en Lérida y en Cádiz, y España fué suya; volvió á Italia, se hizo nombrar cónsul, cruzó el Adriático que con tanta imprudencia había dejado libre la inmensa flota pompeyana. Los dos ejércitos, el de Pompeyo en cuyo campamento multitud de senadores, generales y personas distinguidas daban su opinión y debilitaban el mando, y el de César, formado de romanos, celtas y germanos que obedecían á su jefe como un solo hombre, se pusieron, por fin, en contacto. Después de una campaña en Epiro, el encuentro decisivo se verificó en Farsalia (Tesalia). Quince mil pompeyanos muertos, veinte mil prisioneros y Pompeyo en fuga, tal fué el resultado de la batalla. Pompeyo, en busca de auxiliares, cruzó el Egeo y paró en Egipto en donde el faraón reinante lo hizo perecer; César, en seguimiento de Pompeyo y casi solo, llegó á Egipto, lloró sobre los restos de su enemigo y trató de dirimir la querella que dividía el reino entre la seductora Cleopatra y su hermano. Encerrado por la población amotinada en Alejandría, estuvo á pique de sucumbir; pero, auxiliado por un reyzeulo de Asia, triunfó de sus enemigos, marchó al Asia menor, destruyó los elementos que había ahí reunido el hijo de Mitrídates y regresó á Roma (47).

Todavía la guerra civil no había terminado; todos los restos del ejército de Pompeyo se habían refugiado y organizado en Africa; César los venció, y su inflexible enemigo Catón, alma de la resistencia, se suicidó en Utica,

dejando así un ejemplo heroico y fiero de amor á la libertad y una protesta eterna contra el régimen que iba á venir. Incansables los republicanos, aun lograron, con los hijos de Pompeyo, sublevar á España; allá fué César y con la cruentísima batalla de Munda cerró la guerra civil. — Dictador temporal primero, después de Munda fué declarado dictador vitalicio, cónsul, censor perpetuo con el nombre de *prefecto de las costumbres* é inviolable como los tribunos. Arbitro de la guerra y de la paz, dueño de repartir las magistraturas en Roma y el gobierno en las provincias, tuvo la plenitud de la autoridad pública, e. d., el *imperium*, por eso fué llamado *imperator*, nombre atribuído antes á los generales victoriosos. La silla de oro en el Senado, la corona de laurel en la cabeza calva, y los templos y las estatuas fueron las señales exteriores de la soberanía del antiguo demagogo. — César fué elemento con sus enemigos y trató de gobernar con los republicanos á quienes colmó de favores; pero su política no fué por eso menos absorbente; renovó y aumentó el Senado á novecientas personas é hizo de él un simple consejo administrativo; no quitó á los comicios la facultad de legislar ni la de elegir, pero la partió con ellos. Quiso realizar la obra iniciada por los Graccos, rehaciendo la clase media rural, fundando colonias como Kartago y Korinto y disminuyendo la plebe urbana, á la que regalaba en las espléndidas fiestas de sus triunfos, pero cuyas tendencias socialistas reprimió severamente. Se empeñó también en disminuir la plaga de la esclavitud prescribiendo el empleo parcial de hombres libres en los campos italianos, y trató de fortificar los lazos domésticos favoreciendo los matrimonios; reglamentó las libertades municipales de las ciudades de la península respetando su autonomía, por la *lex iulia municipalis*; ordenó á un cosmógrafo alejandrino la conversión del calendario lunar latino en un calendario solar (corrección iuliana) y mejoró el gobierno y el cobro de los impuestos en las provincias. — Preparaba una expedición contra los parthos, y se dijo que con este motivo pretendía resucitar la realeza; como si de hecho no existiera ya! Varios aristócratas que parecían animados por el alma implacable de Catón, suegro de Marco Bruto, se conjuraron con éste, y en pleno Senado asesinaron al dictador el 15 de Marzo de 44, antes de la Era Vulgar. — César fué un rebelde á la patria y á la constitución, y fué un tirano, porque su voluntad era su ley; pero fué una fortuna para la civilización, que ya que la República se convertía fatalmente en Imperio, el tránsito se encarnase en un hombre de genio y de corazón, como fué la víctima de los *Idus de Marzo*.

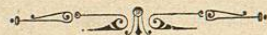
7. *De Philippos á Actium*. — Los asesinos, los parricidas, como se les llamó en seguida, no supieron qué hacer después del crimen; Marco Antonio, rudo

y popular soldado y favorito de César, logró hacerle suntuosos funerales en que exhibió el cadáver cubierto de heridas, leyó su testamento lleno de generosidad con sus asesinos, á alguno de los cuales trataba como á un hijo (á Bruto), y delarguezas para el pueblo; éste, conmovido y delirante, obligó á huir á los matadores. Poco después llegó á Roma un joven tímido y receloso llamado Octavio, sobrino é hijo adoptivo de César; Antonio y él no pudieron avenirse; Octavio contaba con elementos militares y con el apoyo de Cicerón que gobernaba el Senado y que deseaba destruir á Antonio, á quien odiaba y contra quien había pronunciado terribles arengas que llamó *filípicas*, en recuerdo de las famosas arengas de Demosthenes. Octavio hizo primero la guerra á Antonio por cuenta del Senado; pero como en cuanto el terrible oficial de Cesar fué vencido el Senado desdeñó al vencedor, éste se hizo nombrar cónsul por la fuerza; los rivales se reconciliaron luego; formaron con otro (Lépidio, cesarista) un *segundo triunvirato*, hicieron asesinar á Cicerón, clavando su cabeza en la tribuna del Forum, como para servir de epitafio á la libertad, y sumieron á Roma en el terror un año, con el pretexto de vengar á César (43).

Los dos más conspicuos asesinos de César, Bruto y Casio, habían logrado allegar un ejército en Macedonia, pero vencidos por Antonio en los campos de Philippos, se suicidaron (42) y los vencedores se dividieron el mundo. Octavio, su sabio consejero Mecenas y su excelente general Agrippa, organizaron el Occidente y pacificaron el mar, logrando, no sin ímprobo trabajo, vencer á Sexto el hijo de Pompeyo, que era un verdadero rey del Mediterráneo. — Antonio, subyugado por Kleopatra, la reina de Egipto, que había sido favorita de Julio César, llevaba en la perpetua orgía de los suntuosos alcázares alejandrinos lo que él llamaba *la vida inimitable*; en vano Octavio, para arrancarlo de los brazos de la hechicera coronada, lo casó con su noble y bella hermana Octavia; en vano se vió obligado á alejarse de ella para hacer una campaña contra los parthos; Kleopatra lo atraía como el abismo y logró avasallar por tal extremo, que quiso rehacer el imperio de Alejandro para ponerlo á los pies de su manceba, á quien se jactaba de servir como un esclavo. El Senado, instigado por Octavio, declaró la guerra á la reina, y en la batalla naval de Actium (2 de Septiembre de 31) obtuvo un triunfo completo sobre Antonio que, por seguir á su amada, abandonó á sus soldados y huyó á Egipto. Allá lo siguió Octavio; desesperado y humillado Antonio se dió la muerte, y poco después, Kleopatra, por no ir á Roma á figurar en el triunfo del vencedor. Egipto fué declarado provincia romana (30). El mundo tenía un solo señor.

BIBLIOGRAFIA. — A Tito Livio, Dionisio de Halikarnaso, Plutarco, en sus

Vidas desde la de Publicola hasta la de César, añádanse Polybio (trad. cast.) Appiano (trad. franc.) Cicerón: de la República (trad. esp.) Salustio (íd.) César (íd.) Suetonio (íd.) Y entre los modernos: *Michelet* Hist. Rep. rom. Los Romanos (col. Oncken tr. esp.) Cartago (col. hist. de las naciones, trad. esp.) *Boissier: Ciceron et ses amis*, á más de todos los citados en la Bibliografía anterior.



EL IMPERIO.

(30 ANTES DE LA E. V. Á 476 DESPUÉS DE LA E. V.)

Subdivisiones: 1ª El Imperio pagano.—2ª El Imperio cristiano.

IMPERIO PAGANO.

(30 ANTES DE LA E. V. Á 333 DESPUÉS DE LA E. V.)

I.

LOS JULIOS Y LOS FLAVIOS.

(30 a E. V.—96.)

1.—Las instituciones nuevas.—2.—El reinado de Augusto.—3.—El Siglo de Augusto.—4.—Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón.—5.—Los Césares efimeros.—6.—Los Flavios: Vespasiano, Tito, Domiciano.

1. *Las nuevas instituciones.*—Octavio, dueño del mundo, no resucitó la realeza; la *respublica* que quería decir *el Estado*, sobrevivió al naufragio de la antigua constitución, mas se encarnó en un hombre por delegación soberana de los poderes constituyentes, *el Senado y Pueblo Romanos*; ellos conferieron á Octavio *legalmente* los poderes que César había ejercido *de facto*. Primero el *imperium* ó mando supremo del ejército; á este imperium iba añadida *la potestad proconsular* que era el gobierno absoluto de las provincias, como delegante en las imperiales, como inspector supremo en las senatoriales. Segundo, *la potestad tribunicia*, perpetua é ilimitada, que convertía al *príncipe*, éste era uno de los títulos oficiales de Octavio, en persona *sacrosanta* é inviolable y en *reos de lesa-majestad* á cuantos le ofendían; esa potestad le confería la presidencia del Senado y la iniciativa de las leyes.—Tales eran las bases esenciales del poder imperial; con esas dos supremas magistraturas republicanas se habían conferido al emperador otras como la *prefectura de las costumbres* (antigua censura) que asignaba á todos su puesto en la ciudad y *el sumo pontificado* que lo hacía jefe del culto.